

Cuento



dramaturgia • poesía

#IdartesSeMudaATuCasa-
Otros mundos posibles



Afasia

©Ricardo Barreto

*Meu nome novo é coisa.
Eu sou a coisa, coisamente.
Carlos Drummond de Andrade*

*La palabra es el resumen del silencio,
del silencio, que es el resumen de todo.
Roberto Juarroz*

I

Todo comenzó tímidamente, hasta convertirse en un gran olvido. La gente empezó a tener una dificultad para nombrar. Primero, las cosas comunes, el vaso del desayuno, el plato donde ponían la arepa, incluso la arepa misma. Triste. De un momento a otro las cosas empezaron a llamarse “esa cosa” o “cosiánfiro” o “esa pendejada”. En principio tenían los adjetivos y adverbios, podían diferenciarlas hablando de su forma particular en comparación con otras cosas, de su color cuando alguna luz las iluminaba, de su sabor cuando eran mordidas o bebidas, de su olor característico en las mañanas, de cómo se sentían cuando las tenían en sus manos, del sonido que hacían al caer o de cómo se destrozaban al tocar el suelo (ese lindo espectáculo de la destrucción). A pesar de lo anterior, para cada quien, estas características eran muy diferentes, influenciadas no tanto por la objetividad material, sino más bien por los recuerdos o por las sensaciones particulares, pues cada cosa es un universo especial para cada uno. A medida que pasaba el tiempo hasta parecía un juego interesante eso de no dejarse someter a la tiranía de los nombres y hablar de las cosas a pesar de las cosas mismas, de la cárcel en las que las atrapan los nombres. La cosa roja que se pudre cuando nadie la quiere podía ser tanto una manzana como una flor, o un corazón. El *briquet* era la pendejada que produce esa cosa brillante y caliente con que se encienden las otras cosas que producen ese como vientico blanco cuando se las

aspira... En cualquier caso, esforzarse por hacerse entender no era una novedad en un mundo donde casi nadie escuchaba. Cuando “la cosa” se ponía difícil, y era complicado singularizarla, cuando la imaginación no alcanzaba o la frustración de no ser entendido mudaba en rabia o prepotencia, se recurría a señalarla con el dedo —con un gesto casi bíblico—, aunque muchas personas preferían entornar los labios y dirigirlos hacia “la cosa”, moviendo la cabeza dos o tres veces en la dirección donde estaba para señalarla, diciendo posteriormente “sí, esa cosa”. Con el tiempo, ante la dificultad de señalar con el gesto, tuvieron que acercarse cada vez más a las cosas hasta tocarlas con la mano y, dándoles un par de golpecitos, sin que quedara lugar a dudas, hacerlas evidentes (casi como hacen los magos al final del truco, para revelar el éxito de su magia, la magia de hacer aparecer objetos que antes, sin nombre, parecían no tener existencia). Sin embargo, eso implicaba un trabajo arduo si la “cosa” estaba lejos, si la conversación era por teléfono o si entre los interlocutores mediaba una gran diferencia de edades. No era lo mismo el “cosiánfiro rectangular lleno de historias de otra persona” para un hombre de cincuenta años (un libro) que para un adolescente de quince (su celular). En la mayoría de los casos, el interlocutor finalmente entendía, y decía, ¡ah, la cosa!, como si la otra persona no hubiera sido muy clara anteriormente y hubiera estado hablando de otra “cosa”.

La epidemia no fue controlada en ese momento, y el virus era tan poderoso que los primeros contagiados infectaron a sus parientes a través de la insistencia y de la costumbre. El mundo de los objetos definidos a través de su nombre pasó a ser simplemente el mundo de las “cosas”. Aunque al principio se pensó que era apenas una señal de senilidad (porque atacó primero a los ancianos que a otra población), y se consideró la situación como parte del irremediable olvido al que todos iremos lentamente, de tanto oír nombrar los objetos con esos genéricos y de tanto ver cómo eran descritos, con tal naturalidad y detalle, la gente aún no infectada terminó aceptando que las cosas ya no se llamaban por sus nombres, sino por

lo que las hacía parte de un grupo, por una característica especial o finalmente por “la cosa”. De los nombres comunes, la epidemia migró a los nombres propios. En las panaderías, cuando algunas personas esperaban en la fila para señalar el coso que querían, hecho de ese polvito blanco con el que desayunaban y que era un atado de migajas reunidas, o para mostrarle al panadero la bolsa que contenía el líquido blanco extraído de esos bichos no humanos que servía para, además de amamantar a los otros bichos más chiquitos, para hacer su café, la gente se encontraba con sus vecinos y en el momento de saludarlos, un nombre se les atravesaba en la garganta: intentaban darle forma, buscarlo en la memoria, traerlo de los recuerdos (el vecino con el que crecieron desde la infancia en el mismo barrio, con quien jugaban escondidas o simplemente con quien se quedaban la noche entera hablando de cualquier cosa). Sin embargo, ante la ineficacia del esfuerzo, ante la imposibilidad de que un nombre propio conocido desde hace tanto les viniera a la boca, apenas sonreían con vergüenza y movían la cabeza hacia arriba para saludar. Al volver a la casa, intentaban hablar con la esposa, relatando la embarazosa situación de haber olvidado el nombre. Creían que podían explicar el descuido, excusar ese incómodo momento que es no recordar el nombre de alguien, ese gesto grosero de nuestra memoria que es el olvido, pensando, luego, para justificarse, en que hay tantos nombres para retener, y que no está mal ese pequeño traspies, porque hay que mantener siempre cerca del corazón los nombres importantes, como el tuyo... tu nombre..., y de nuevo, el esfuerzo en la garganta, la imposibilidad de traerlo desde cualquier lugar, la certeza de que esa persona al frente, de que esa persona que se ama tanto y con quien se comparte todo, pertenece a un nombre, ¿pero cuál?, y entonces la incertidumbre era ahora un dolor, el dolor de ver al frente a alguien que espera, que desea desde el fondo del alma que no haya olvidado, por Dios, que no se le haya olvidado, y con los ojos inquisidores, pero con esperanza, aguarda el momento en que la boca que tiene al frente pronuncie su nombre como si en eso estuviera cifrada su existencia,

como si un nombre, ese fortuito orden de letras, ahora tuviera un sentido, una geometría esencial en la que el mundo se ordena y el fondo del corazón se expresa. Y el dolor se vuelve tristeza, la triste evidencia de que ha olvidado, de que ha dejado que eso tan importante, su nombre (que fue dicho tantas veces con tanta pasión, que fue saboreado con el hambre y el deseo de lo que se posee y nos posee) se haya perdido. Entonces se miran ahora como lo harían dos desconocidos. ¿Un nombre propio define nuestra memoria del rostro o el de las sensaciones? En el nombre de la rosa está la rosa, recuerda, pero *rosa* no tiene ningún sentido para él ahora, y la frase se le hace tan inexpugnable como la mujer que tiene al frente. Ella pregunta decepcionada entonces si olvidó el nombre, y él responde que no. No es olvido, es casi una imposibilidad de pronunciarlo. Y se siente la falta de sus sílabas queridas saliendo de la boca, una palabra a la que se había acostumbrado como a la respiración o al amor. Y no poder pronunciarlo se siente ahora como el dolor de perder una mascota querida que domesticamos durante muchos años y ahora acaba de morir. Una muerte que es casi un silencio. Un vacío en la parte del pecho que guarda no el amor, sino su forma... ¿No recuerdas mi nombre?, inquiere ella con un brillo apagándose lentamente en los ojos; ¿después de tantos años?, arrecia aliándose al tiempo para intentar que eso que es compartir una vida, ofrecérsela y ofrecerse al otro, no se diluya, active algo. ¿Después de todo lo que hemos vivido?, recurre a los recuerdos y a la costumbre del cariño como último recurso para rescatar de ese pozo negro no solo su nombre, sino los cimientos de su vida construida al lado de alguien. ¿No sabes que me llamo... que me llamo...?, y entonces, sin poder terminar la frase, con su propio nombre atorado en la punta de la lengua, a flor de piel y al mismo tiempo incierto, impronunciable, se demoran un poco más en la mirada fija, en ese punto sin retorno que es el silencio del amor, con la nostalgia de los que se saben olvidados, erradicados para siempre de ese territorio amable que es la memoria. Un silencio terrible y contundente llena el espacio donde deberían haber estado las palabras, el abrazo, el

momento epifánico de la rememoración, la promesa aplazada del reconocimiento y las risas nerviosas por casi haber olvidado, qué insensato, ¡tu nombre, amanecer que ilumina mi boca y tiembla en mi piel! Y hubiera sido como pronunciarlo por primera vez, saborearlo con la dulzura del primer encuentro, habría sido como resucitarlo, y con él, toda una vida que iría creciendo rápidamente para volver a la existencia: la voz temblorosa saboreando un orden, los ojos reconociendo una correspondencia, las manos acariciando una piel como si en ella se cifrara la vida y el nacimiento. Habría sido, pero no. La bolsa con el líquido blanco que durante todo este tiempo el hombre no soltó de sus manos cae al suelo y su sonido es como el de una pesada puerta que se cierra para siempre. Los rostros se tornan imprecisos, extraños. Los recuerdos comienzan a agolparse en la memoria desordenadamente desde una infancia difusa, una adolescencia borrosa y un encuentro que parece cada vez más una anécdota indefinible refundida en un tiempo caótico. No dejan de mirarse, examinándose, tratando de encontrarse, de entenderse, tratando de hallar en los ojos una pista que los lleve hasta el fondo de sus nombres, hasta el fondo de ellos mismos. Intentan un parpadear con la ilusión de que esa breve oscuridad les permita una salvación, comenzar todo de nuevo, pero ya es demasiado tarde. No se saben, y esa extrañeza los aparta cada vez más. Esa persona al frente es apenas ahora un cuerpo y una cara como cualquier otra. Son desconocidos. Cierran los ojos y es como cerrarse a ellos mismos frente a la existencia. Ya no hay forma de volver, ya no hay ninguna manera de ser ellos mismos. Cada uno, en un intento por procurar el reencuentro, se dirige a lugares distintos de la casa en busca de su identidad. La mujer procura un álbum fotográfico para intentar traer de nuevo los recuerdos, y en sus cimientos, los nombres. Fotos de personas a las que alguna vez nombró aparecen ahora apenas como personajes en la vida de otros a los que no puede definir; alguien que sabe que es su hijo se pierde en la foto al no poder nombrarlo, una felicidad se le presenta ajena cuando mira fijamente la foto de ella y de ese desconocido, su

esposo, abrazados en algún país que ahora no puede reconocer. En otro lugar alejado, el hombre examina su cédula, ve su foto joven y no consigue entender que las letras que antes eran su nombre aparezcan apenas como signos inentendibles, dibujos abstractos que alguna vez lo definieron y que ahora son cenizas dispersadas de una existencia que ardió en su propio cuerpo.

II

El virus era transmitido de voz a voz, a través de conversaciones, de los pequeños diálogos diarios en la cocina al hacer el desayuno o en la cama, antes del sueño, de las íntimas o generales comunicaciones que mantenían las personas entre sí. Nadie sospechó de nada: ninguna tos, ningún estornudo, ningún abrazo, beso o caricia eran tan peligrosos como el simple hecho de abrir la boca para decir una palabra que después ya no se volvería a recordar más.

Algunos gobernantes actuaron rápido y declararon el aislamiento preventivo de la población contaminada, en discursos en los que poco o casi nada se entendía, si no fuera por los subtítulos que alguien aún no contaminado escribía. Otros no le dieron la importancia necesaria y lo consideraron apenas una consecuencia del exceso de aparatos tecnológicos, del uso excesivo de emoticones, de la dependencia de escribir mensajes cortos en lugar de hablar con los otros. Aconsejaron mantener más conversaciones “reales”, ejercitarse más con el habla, dejar de lado televisores, computadores y celulares, ignorando que era precisamente así, con la comunicación habitual, que el virus se difuminaba y adquiría más fuerza. Entre balbuceos inentendibles, explicaban cómo el mundo no podía parar por esa temporal falla de gramática, que la sintaxis volvería en algún momento, que eso era apenas una afasia temporal causada por el estrés o por la condición de los tiempos modernos, a la que un país de la grandeza como el nuestro no se puede someter. Dios está de nuestro lado y no nos abandona, es un simple olvidito de

reglas gramaticales, un pequeño virus sintáctico que no nos afectará a nosotros, con una lengua tan rica y poderosa. Practiquen, lean en voz alta los libros de su biblioteca, los periódicos, las marcas de los productos que seguiremos vendiendo a pesar de esta contingencia. Un presidente culpó a esas lenguas extrañas que se hablan en otro continente y a su desmesurado afán por hacerse conocidas en todo el mundo; aquel culpó a las lenguas romances por su excesiva musicalidad; otro, a las lenguas sajonas por su exceso de simplicidad, que no permitía la producción de una gramática más fuerte e inmune al virus, o a las lenguas imperialistas por su feroz afán de dominar, a las lenguas indígenas por no aceptar su condición de desaparecidas, a los regímenes capitalistas por querer implantar la economía de su lengua, a los colonizados, a los poscoloniales, a los rebeldes, a los sumisos, a los pueblos sin lengua definida, a la Biblia, a los ateos, a los terraplanistas, a los terrabolistas, a los cómics, a la lengua de señas, a Dios, a la falta de Dios...

A medida que la pandemia avanzaba con un ánimo menos inquisidor, mediado por las condiciones desfavorables y por la falta de certezas respecto a la situación y al futuro cercano, con la intención de integrar a todos los países del mundo para tratar la pandemia de manera global, algunos gobiernos propusieron volver a una protolengua que integrara a todas, para de esta manera no tratar el tema localmente, no dejar el problema en manos de cada gramático y lingüista de cada país, pues no estaba dando resultado, sino integrar un equipo mundial para salir adelante frente al problema. Sin embargo, casi ningún país se adhirió a la idea de esas naciones, aduciendo conflictos de soberanía, de identidad nacional, de tradicionalismo y de autosuficiencia. Muchos mandatarios ni siquiera consideraban que existiese el tal problema, pues sus países eran inmunes al mal y adujeron que solo era cuestión de reactivar la economía (seriamente afectada por el aislamiento y los problemas de comunicación), volver a abrir las fábricas y dejar que el mecanismo de la oferta y la demanda solucionara todo: mientras tengamos qué comer, y recursos para comprar lo que precisamos, ningún problema

de habla nos doblegará, decían ingenuamente. Después del crecimiento desmesurado de la infección fueron repartidos gratuitamente tapabocas que no permitían que los infectados hablaran, vendas en los ojos para no permitir el contacto visual con los infectados y la sobreinterpretación, y tapaoídos para prevenir el contagio vía auditiva . Se declaró la cuarentena indefinida. Nadie salía de sus casas, y en ellas la gente escasamente hablaba por temor del contagio. Durante las primeras semanas el contagio creció exponencialmente. Aunque se pretendía contener la epidemia controlando al grupo más susceptible de la población (mayores de sesenta años con problemas de senilidad que perdían progresivamente la rigurosidad de la gramática y que olvidaban el léxico; y niños que por su poco contacto con la lengua aún no incorporaban las reglas ni el léxico suficiente para mantenerla rígidamente), factores como el contacto diario, la poca preparación ante la epidemia, la normalización de la agramática e, incluso, la creencia de que la lengua, antes que una herramienta, era una maldición ante la cual el silencio era la condición propicia para el ser humano, hicieron que la epidemia se propagara mundialmente. Tras la pérdida consecutiva de los nombres y de cada categoría gramatical, y debido al aislamiento tardío al que se sometió a la población infectada, la gente no tuvo otra opción que el silencio. La comunicación se redujo apenas a lo esencial, y sin mediar palabras, la vida se convirtió en rutinas castrenses de sobrevivencia. Las calles se mantuvieron desoladas desde ese momento y el silencio reinó durante mucho tiempo en cada rincón del mundo como un animal salvaje orgulloso de su ubicuidad inarticulada.

III

La niña mira por la ventana. Sabe que quitarse el tapaojos es incurrir en una falta grave, pero se llena de coraje y lo deja en el suelo. Su mundo conocido era ese oscuro paisaje de ojos cerrados. La luz la hiere y demora en conseguir ver algo con nitidez. Pero la molestia pasa. Ahora, con los ojos abiertos, hambrientos, el mundo se le presenta como ese horizonte que se abre detrás del vidrio, reducido y al mismo tiempo infinitamente amplio. Comienza imaginando qué hay detrás del vidrio, si hay otros vidrios detrás de él, cómo se siente estar al otro lado o en medio de él. Da un paso y toca el frío de la ventana. La recorre un tremor, como si estuviera atravesando una frontera prohibida. Imagina que el frío detrás del frío debe ser algo interesante, diferente, como bañarse con agua helada por la mañana o ver el rostro de su madre. Da otro paso, e imagina que ya traspasó el vidrio y está en la calle. Sus pies se tornan diferentes, más pesados, unidos a algo diferente que al piso de madera cálido en que siempre caminó durante su corta vida. Es la tierra, es el roce de su cuerpo humano con la materia secreta de la tierra, el contacto de una piel frágil, delicada, susceptible de tiempo y efímera, con una piel hecha de siglos, grandiosamente perenne. Se imagina sintiendo la grama en la planta de sus pies, y es como si ella se comunicara, le susurrara al oído cosas que no entiende en sonidos que nunca escuchó. Nunca escuchó un sonido articulado de algo que proviniera de alguien y que tuviera sentido. Percibe, aunque no lo sabe, que hay un orden en ese sonido, que ese sonido es una voz. En su fantasía, avanza. Cosas verdes y leñosas de gran tamaño, con brazos como los suyos, pero en mayor cantidad, y también verdes, danzan, silban una música que no le es desconocida. Presiente que eso que silba puede ser viento, y que eso que lo provoca pueden ser árboles. Algo se posa en lo alto de los árboles, en sus ramas, emite un sonido y late como late su corazón, y su mirada imaginada se dirige hacia allá. El sonido es de esa cosa que puede ser un animal, algo diferente a los árboles, y su

sonido es diferente del sonido del viento. Puede ser música. Puede ser un pájaro. La vegetación lo cubre todo y la niña se da cuenta de que cada cosa emite una luz peculiar, diferente de esa oscuridad honda a la que la había acostumbrado el tapaojos, y que puede ser distinguida particularmente, ser percibida de manera que le provoquen cosas que de sus ojos transitan hasta su garganta, algo que quiere salir de ella y que podría ser un color. Colores. Su lengua se mueve inquieta, su boca se abre y se cierra y en sus labios siente que algo intenta un nacimiento, pero se detiene. Aún no. Camina. La niña imaginada, e imaginando, camina. Cada paso es un alejarse, pero también una especie de encuentro. Niña de ojos cerrados que camina un paso, dos pasos, mil pasos. Colores, música, animales y árboles. Todo es nuevo. Y al mismo tiempo, algo que ya está en ella. La comunión con eso extraño que es el mundo detrás de la ventana se da en absoluta tranquilidad, pero con un afán que le crece en el fondo del pecho y que no puede contener. Vuelve tras sus pasos a la realidad y cada uno es un afirmarse de algo que ya sabe, un querer nacer en el momento. La niña retrocede para avanzar. La niña detrás del vidrio. La niña mira por la ventana. Una voz de siglos le sube desde detrás del corazón. Tira el tapabocas al suelo, respira el mundo, y en él, la humanidad. Aclara su voz. Se siente fuerte como una montaña, y una palabra, guardada por mucho tiempo en el silencio, forma un cauce, asciende correntosa hacia su boca y nace. Se escucha como un canto, la primera palabra después del gran silencio. Una salvación. La niña se quita el tapaoídos y, mientras sonríe, dice: Mi nombre es Sofía.